Por la entrañable misericordia de nuestro Dios…[1]

Ambientación

En primer lugar, vamos a detenernos en la *etimología* de la palabra *misericordia*.

- *Misericordia* = término latino, que ha pasado tal cual al castellano:
  - Está formado por *Miseri* = miserere – compadecer.
  - Y *corde* – corazón.

Etimológicamente, pues, *misericordia* es la *capacidad de traer al propio corazón las miserias de los demás* o si se prefiere: *acoger en el propio corazón a quienes sufren las miserias*.

Ahora bien, más allá de su sentido etimológico, intentemos descender ahora a la semántica del mismo.

El término latino *misericordia* es usado para traducir los términos hebreos: *Rajamim* y *Jesed*.

a. El primero *Rajamim* significa *entrañas* y hace relación directa a un *amor visceral* (*maternal*, se podría decir) de Dios hacia el hombre. Dicho de otra manera, a un *afecto* profundo e *incontaminado* (de deseos egoístas).
   - Is. 14, 1 *Miserebitur Dominus Jacob.* Se compadecerá, el Señor de Jacob, o mejor aún:
     - *Se estremecerán* las entrañas de Dios por Jacob.
     - *Se estremece* Dios por Jacob.
   - Is. 49, 10 *Miserator eorum, reget eos.* El que se compadece de ellos, los regirá, o si se quiere:
     - Aquél cuyas *entrañas se estremecen* por ellos, los gobernará.
     - Aquél que se estremece por ellos, los gobernará.
   - Jr. 31, 20 *Conturbata sunt viscera mea super eum*. Se estremecen mis entrañas por él.

     Miserans miserebor eius. Compasivo tendré compasión de él.
   - Sal. 69, 17 *Secundum multitudinem misericordiae tuae, respice in me.* Por tu inmensa misericordia y tu entrañable amor mírame.

[1] Lc. 1, 78: Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios… (Benedictus). *Per viscera misericordiae*.
Lc. 1, 54: Acogió a Israel su siervo, acordándose de su misericordia. *Recordatus misericordiae suae*.

- Los LXX traducen splagchna = vísceras / splagchnizomai = conmover.
- Posiblemente es este *Rajamim* (estas entrañas) las que habría que descubrir tras el *motus misericordiae* (que Lucas usa por 2 veces en el Evangelio.
  - Lc. 15, 20 (Padre Misericordioso) *Conmovido en sus entrañas*.
  - Lc. 10, 33 (Buen Samaritano) *Conmovidas sus entrañas*.
  - Confrontar al respecto OCLA 86, cuando refiere la fundación del Asilo de Masamagrell y dice: *Movido yo a compasión.*

b. El término *Jesed* es polisemántico en el *hebreo*, significa:

- *Benevolencia* (disposición favorable de la voluntad hacia otro. Gn. 47, 29 *Facies mihi misericordiam et veritatem* (Hazme este favor (benevolencia) y lealtad).

- Dicha benevolencia, referida principalmente a la relación de Dios con el hombre, equivale a *piedad* / *favor* /…

- Los LXX tradujeron este término por *eleos* piedad, compasión.

- Junto a la benevolencia, el término *Jesed* indica:

- *Fidelidad* (y en este sentido misericordia significaría *amor fiel* (*incuestionable* / *incondicional*).

No es infrecuente, sin embargo, encontrar en el *hebreo* el término *Jesed* junto a *Rajamim*.

- Is. 63, 7 secundum *indulgentiam* et secunduum multitudinem *misericordiarum suarum*.
- Jr. 16, 5 Abstuli… a populo isto… *misericordiam* et *miserationes*.

En tal caso, *Rajamim* se traduce por *misericordiam* y para el término *Jesed* se emplea un sinónimo: *indulgentiam, miserationes*…

- También se encuentra a veces *Jesed* junto a *'emet* = *veritas* / *firmitas* / *stabilitas*….

  y en tal caso se refuerza el significado de *fidelidad* con el de *firmeza* = *fidelidad inquebrantable*.
- En el Antiguo Testamento el *credo* (la gran revelación de la *misericordia de Dios,* se encuentra en Ex. 34, 6 "Jahveh, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por mil generaciones, que perdona la iniquidad, la rebeldía…,

pero no los deja impunes; que castiga la iniquidad de los padres en los hijos…

Deus misericors et clemens, patiens et multae miserationis, ac verax, qui custodis misericordiam in millia…

- En el Nuevo Testamento, Pablo es el verdadero cantor de la misericordia de Dios hacia el hombre:
  - Dios, rico en *misericordia*, por el gran amor con que nos amó, estando muertos, a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo (Ef. 2, 4-5) (inspirado en Ex. 34, 6).
  - La prueba de que Dios nos *ama* es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros (Rom. 5, 8).
  - Cuando se manifestó la *bondad* de Dios nuestro Salvador y su *amor* a los hombres, él nos salvó, no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su *misericordia* (Tit. 3, 5).

A la luz de todo este recorrido semántico, podríamos concluir que la misericordia junto a su sentido etimológico de "traer al corazón las miserias de los demás", de "compadecer a los miserables" o, si se prefiere de "tener un amor preferencial por los más necesitados", une estos otros e importantísimos matices:

- *Misericordia* es amor *personalizado* y *hecho a la medida* del amado; un amor que acoge y quiere al otro en su *individualidad*, que es capaz de amarlo desde el "tú" y no desde el propio "yo" y de aceptarlo de corazón *como es* en cada momento de su historia personal, para poderlo *acompañar* así válidamente, si es del caso, en su irrepetible aventura vital (A las personas, o las acabamos queriendo *como son*, o no las hemos empezado a querer nunca).
- *Misericordia* es, desde ahí, *amor incondicional*, pues los *condicionamientos del amor* son siempre consecuencia de no haber acogido al otro en su específica identidad –con sus, riquezas y miserias–, sino de haber pretendido amarse a sí mismo en el otro, fabricándose de él una imagen irreal de acuerdo, por lo general, a las propias expectativas.
- *Misericordia* es además, desde su misma capacidad de querer y acoger al otro a la medida de sus propias necesidades, un *amor extremado con quien presenta mayores carencias*.
- *Misericordia* es la dimensión más identificante de todo *amor verdadero* y por ende de todo *amor* que quiera adquirir el sello de *cristiano*. Desde esta perspectiva, el amor o es *misericordia* o *no es tal*. Todo el evangelio se convierte así en un mensaje constante de *misericordia*, aunque, como es natural, algunos pasajes del mismo sean más emblemáticos al respecto, por poner de

manifiesto con mayor claridad alguna de las cualidades más específicas de un amor cuyo centro es la persona del otro, pues hablando en cristiano, la pregunta no puede ser nunca ¿quién es mi prójimo? sino ¿cuándo yo soy prójimo y próximo a quien tiene necesidad de mi afecto y ayuda?

Y es, además y por todo ello, un *amor de verdad*. Es decir, *misericordia* es la *verdad del amor* o, si se prefiere, el *único amor de verdad*. Y, desde esta perspectiva, todo el evangelio –en todos y en cada uno de sus pasajes– puede ser leído y meditado como *mensaje de misericordia*, por más que haya textos que expliciten este sentimiento de forma más evidente que otros.

Y llegados a este punto –y antes aún de entrar de lleno en la reflexión de algunos *textos bíblicos* que puedan ayudarnos a entender, *desde el corazón*, lo que implica la *misericordia en acción*, vamos a plantear dos cuestiones de capital importancia:

1ª. La misericordia, por su propia naturaleza, lleva siempre en sí misma el sello de la *gratuidad*. *Gratuidad* que tiene estas dos *perspectivas complementarias*.

a. Por una parte, la *misericordia es gratuita* por ser un sentimiento que se inicia en la persona que la ejerce por *pura iniciativa propia*.

(En el caso de la misericordia divina, esta iniciativa parte del propio Dios. En este sentido, además de los textos arriba citados de *Efesios*, *Romanos* y *Tito*, no se puede silenciar este de la *1 Jn. 4, 7-19*:

> "Amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios… porque Dios es Amor. Y en esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que envió al mundo a su hijo único… En esto consiste el amor: no en, que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo… Nosotros amamos, porque Él nos amó primero"

b. Por otra parte también, la *misericordia es gratuita* porque lejos de ser *premio* a la conducta observada en la persona amada, es más bien un *presupuesto* para ayudarle, para acompañarle de modo eficaz y positivo, en su proceso de *constante crecimiento*. Es un *favorecedor* (determinante) de *autoestima* y desde ahí, un favorecedor también del *feliz desarrollo personal*, y *garantía*, además, *de éxito en la propia aventura vital de la persona concreta*.

2ª. Segunda cuestión previa a la reflexión bíblica: *Sólo quien se siente querido, crece en amor, en misericordia*.

¡Cuán importante es, en este sentido, saber conjugar la voz pasiva!

- En nuestra *cultura de activismo*, hasta el *verbo* parece haber perdido la *pasividad*.

- Se recalca el amor a Dios, cuando en realidad debiera recalcarse el dejarse amar por Él, el sentirse amados por Él (en definitiva el vivir abiertos a la gracia / que eso es precisamente la fe = el abandono en Dios y no la confianza en las propias fuerzas y acciones).

  –En nombre de Cristo os suplico, *sed reconciliados por Dios* (*reconciliamini a Deo*) o, si se prefiere *dejaos reconciliar por Dios* (2 Co. 5, 20).

  ¡Cuán distinto de la traducción: *reconciliaos con Dios*!, como si los protagonistas del hecho fuésemos nosotros mismos.

Ahora bien, para *sentirse querido*, hay que *dejarse querer*. Era precisamente esta actitud la que distinguía la personalidad de los *fariseos* de la de los *publicanos*.

Es craso error pensar que Cristo tenía *preferidos* y que éstos eran los publicanos.

Cristo quería a todos por igual, aunque evidentemente no a todos de la misma manera, pues a cada uno lo quería con *amor personalizado*. Lo que sucedía es que unos –los *publicanos*, verdaderos *"pordioseros" de cariño y afecto*– se *dejaban querer*, mientras que otros –los *fariseos*, cegados por su *autocomplacencia* y *autosuficiencia*– no se dejaban querer "ni por Dios". Por ello mismo, el *publicano orante* ponía como centro de su oración el "tú" de Dios, se abría incondicionalmente a Él y se entregaba confiadamente en sus brazos, mientras que el *fariseo* dirigía la *oración a sí mismo* y lejos de reconocer en Dios el rostro del *ser gratuitamente misericordioso*, contemplaba a un *Dios deudor de los "méritos" por él cosechados*.

Y ya como conclusión de estas dos cuestiones previas y de toda la ya amplia ambientación del tema, se propone a la reflexión este texto que acentúa la importancia que tiene el *sentirse querido para crecer* en misericordia:

– *Dios nos consuela en todas nuestras tribulaciones para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados* (2 Co. 1, 4).

I. Reflexión bíblica

Por ser un *sentimiento*, la *misericordia* sólo puede ser *intuida* desde el corazón. Y para facilitar dicha intuición, voy a recurrir a la reflexión de dos conocidísimos textos bíblicos:

1. En primer lugar, la *Parábola* (o *Poema pedagógico*) del *Hijo Pródigo*, o aún mejor, del *Padre Misericordioso*, pues éste es el verdadero protagonista de la acción.

   El protagonismo del Padre, sin embargo, sólo se percibe en toda su nitidez y fuerza si se contempla desde la perspectiva que ofrece su contraposición con esa especie de *antagonista* que es el *hermano mayor*. La confluencia de ambas personalidades representan de alguna manera el *sentimiento agónico* que se

produce a menudo dentro de nosotros mismos cuando entran en conflicto la fidelidad a la *letra* de la ley y a su *espíritu*.

Si el *padre* representa la *misericordia*, el *hermano mayor* representa esa *justicia humana* que, *desprovista del espíritu*, busca como valor supremo, *no la recuperación* de la persona concreta, *sino* la *salvaguarda de la ley* y el *orden* expresados en su letra.

Descendiendo ya al terreno de la acción, la actuación de ambos personajes –protagonista y antagonista– van representando su papel con palabras y con gestos que ponen de manifiesto bien a las claras su personalidad.

En el padre, por ejemplo, sobresale de modo particular la *fidelidad* con que vive y actúa su identidad de tal, preocupándose sólo porque su hijo viva. Las palabras que pronuncia ante los criados y ante su hijo mayor refiriéndose al pequeño: *este hijo mío, este hermano tuyo, estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido hallado* (Lc 15, 24. 32), denotan ese sentimiento del verdadero amor que busca tan sólo lo que interesa para el bien integral de la persona que se ama; que busca fundamentalmente que pueda ella encontrar un sentido gratificante a su existencia, que pueda *saborear la vida*. Pero no menos elocuentes que las palabras son, en este mismo sentido, los gestos que tiene para con el hijo que se había ido: el conmoverse al verlo cuando aún estaba lejos, el correr hacia él y el besarle efusivamente (Lc 15, 20); el no hacerle ninguna pregunta ni reproche; el ordenar que fuese tratado como su hijo, haciendo traer el mejor vestido y el calzado, y devolviéndole el anillo de la filiación (Lc 15, 22), y el organizar una fiesta extraordinaria en su honor (Lc, 23. 32) delatan el cariño y la ternura de quien no sólo ha sido fiel al hijo ausente, sino que incluso le ha llegado a querer con un amor proporcionado a su necesidad, que se ha ido acrecentando desde la silenciosa y cercana lejanía.

En contraposición, en el *hijo mayor*, que, como se ha apuntado, representa en la trama la visión legalista ante la situación creada, se pone de manifiesto la *infidelidad* al amor fraterno y la consecuente *insolidaridad* con que actúa frente al problema del hermano. También en él, son los gestos –como el *irritarse y no querer entrar a la fiesta* (Lc 15, 28)– los que, con más elocuencia que las palabras mismas, reflejan su personalidad egocéntrica, fría de sentimientos e insolidaria.

Tal contraposición de sentimientos puede apreciarse con claridad, por ejemplo, en este cuadro que se adjunta y en el de los sentimientos del padre y del hijo mayor se evidencian con colores:

Padre:

Estando lejos, lo vio su padre / se conmovió / corrió a su encuentro, se le echó al cuello y le besó efusivamente. Manda traer el mejor vestido, el anillo y las

sandalias (reconocimiento de filiación) / Organiza una fiesta porque su hijo ha vuelto a la vida.

Hijo mayor:

Oye música y danzas, pero no sabe a qué se debe la fiesta (No reconoce la presencia de su hermano ni a las puertas del convite) / se irrita / no quiere entrar / no reconoce a su hermano como tal / Se muestra contrario a la fiesta organizada.

No obstante, donde con más nitidez puede apreciarse la contraposición existente entre el *criterio misericordioso* del padre y el *criterio legalista* del hermano mayor, es precisamente en el diálogo que ambos mantienen a las puertas mismas del convite:

- Frente al frío y lejano: *ese hijo tuyo*, que matizan el reproche con que el hijo mayor echa en cara a su padre el gesto que ha tenido para con el hermano menor, el padre pronuncia el cálido y cercano tratamiento de *este hermano tuyo* (Lc 15, 30.32).
- Frente a un observar con "mirada juzgadora y hasta condenadora" los *hechos* de quien ha devorado con prostitutas la hacienda, el padre sólo mira a la *persona* recuperada (Lc 15, 30.32).
- Frente a una postura que nace de un corazón encogido y que tiende a ver y juzgar la situación del otro desde el propio yo, ofendido y entristecido por la "injusticia" legal que se ha cometido con él al no permitirle nunca celebrar una fiesta con los amigos, a pesar de los "servicios prestados", el padre, con el corazón ensanchado, pone como referente de su justa actuación *la persona de quien ha sido hallado*, e invita al mismo hijo mayor a que se alegre y a que tome conciencia de que también a él lo quiere como un *hijo predilecto* con quien comparte no sólo lo que tiene sino incluso lo que es (Lc 15, 29. 31-32. Cf. Jn 17,10).

Desde otra perspectiva, la figura del *hijo mayor* nos hace recordar con espontaneidad la del *fariseo orante* que el mismo evangelista Lucas retrata (Lc 18, 9-14). Tanto el uno como el otro son seres *egocéntricos* que se sitúan de *pie* frente a Dios –ante quien se creen con derecho a exigir– y frente a los hermanos, a quienes suelen mirar con desprecio "por encima del hombro". Ambos también, seguros de sí mismos por los méritos acumulados y los servicios prestados (Lc 18, 12.25; 15,19), se sienten como obligados a menospreciar y condenar a quienes no son como ellos (Lc 18,12; 15,30). Ambos, más *que orar en su interior* (Lc 18,11), *oran hacia su interior*, pues la contemplación narcisista de lo que han hecho (Lc 18,12; 15,29) es un verdadero acto de autoadoración y egolatría. Ambos, en fin, aunque estén *de pie*, y hasta de puntillas, son seres pequeños y empequeñecidos.

Y vista ya la actuación de los dos principales artistas de la obra, podríamos preguntarnos: ¿y dónde queda el *hijo menor* en toda la trama? Pues, sencillamente en su sitio. Él, más que un *agente*, es en la obra un *paciente*. La vaciedad que experimentó como resultado de su malogrado proyecto de ser feliz y "comerse el mundo", le hizo entrar dentro de sí y lo que en un primer momento sólo fue un deseo de volver a casa por tener algo que echarse al estómago, se fue transformando poco a poco en una verdadera conversión del corazón, en una verdadera apertura a la acción amorosa del padre, como puede apreciarse en este esquema que aquí se adjunta:

Proceso de crecimiento del Hijo menor

1º En un primer momento es el *típico adolescente*, dispuesto a comerse el mundo / que no valora su filiación y busca romper lazos familiares / que sólo piensa en sus derechos / que cree que el dinero lo es todo / y que sólo se preocupa de vivir y disfrutar el *momento presente* (carpe diem) (v. 11-13).

2º Con la *crisis económica*, empieza a reflexionar e inicia un proceso de *interiorización-crecimiento* que arranca del hambre que está sufriendo (su "conversión" se podría decir, es de naturaleza *gástrica*). Decide, pues, ponerse en camino y su *mente fabrica un pequeño discurso para conmover a su padre: Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros* (v. 14-19).

3º Ante el cariño, el afecto, la ternura, la misericordia, recibidas de su padre, su proceso de crecimiento pasa del estómago al corazón y las palabras aprendidas en su mente de forma teatral, al pasar a su corazón, se acortan significativamente: *Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo* (v. 21).

Si el hijo mayor nos hacía recordar con espontaneidad al fariseo orante, el *menor*, en su sentida oración: *Padre, pequé contra el cielo y ante ti, ya no merezco ser llamado hijo tuyo* (Lc 15,21), nos hace recordar al publicano, que, sin atreverse ni tan siquiera a alzar los ojos al cielo, decía, al tiempo que se golpeaba el pecho: *¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy un pecador!* (Lc 18,13). Ambos fueron salvados simplemente porque se dejaron salvar, porque se abrieron al amor de Dios, que ama a la medida de las propias necesidades.

Y este mismo mensaje de *amor fiel y "a la medida"* que Lucas nos transmite en su parábola del Padre misericordioso, podemos leerlo también en la parábola, no menos bella y expresiva, del marido traicionado que nos trae el profeta Oseas (Os 2, 4-25).

Como complemento al relato del *Padre Misericordioso*, nos podamos detener ahora brevemente en el del *Buen Samaritano* (Lc. 10, 25-37):

Frente a la cuestión planteada por el legista ¿*Quién es mi prójimo*? (v. 29), Jesús le cuenta un relato cuya intención fundamental es darle "la vuelta a la tortilla" para finalizar preguntándole a su vez ¿*Quién de esos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de salteadores*? (v. 36).

Con ello le deja meridianamente claro que, "hablando en cristiano", la cuestión fundamental no es ¿*Quién es mi prójimo*?, sino ¿*Cuándo yo soy prójimo del hermano en dificultad*? Es decir, le deja claro que el *ejercicio de la misericordia* no puede ser un *planteamiento hecho desde mi "yo"* ¿Quién es ***mi*** prójimo?, sino desde el "tú" de la persona necesitada ¿Quién fue prójimo de ***él***?

II. Reflexión franciscana

Tras la reflexión bíblica, pasamos a ver ahora el sentimiento de la *misericordia* desde la espiritualidad franciscana.

En la dinámica espiritual de Francisco, la misericordia adquiere una fuerza singular y una tonalidad especial.

Y a este respecto, conviene recordar en primer lugar que el *punto de arranque* del verdadero *crecimiento humano-espiritual* de Francisco acaece en un ambiente típicamente misericordioso:

– El Señor me condujo en medio de los leprosos y yo practiqué la misericordia con ellos. Y al separarme de los mismos, aquello que me parecía amargo, se me tornó en dulzura de alma y cuerpo (Testamento, 2-3).

En la 1 Regla insiste –a tiempo y a destiempo– en el sentimiento misericordioso que debe distinguir su vida y actuación *tras las huellas de Nuestro Señor Jesucristo*.

Unas veces les habla de él, previniéndoles de la tentación de *apropiarse el perdón* y de *sentirse ofendidos en nombre de Dios*:

– Guárdense de alterarse o enojarse por el pecado o defecto del otro… más bien ayuden al culpable como mejor puedan, porque no son los sanos los que necesitan de médico, sino los enfermos (1R. 5, 7-8 / 2R. 7, 3, donde añade: *porque la ira y la alteración impiden la caridad en sí y en los demás*).

Otras veces, les recuerda que deben ser los más pobres y desvalidos, los *privilegiados*:

– Y cualquiera que venga a ellos, amigo o enemigo, ladrón o salteador, sea acogido benignamente (1R. 7, 14).

– Y han de sentirse dichosos, cuando se hallan entre gente de baja condición y despreciada, entre los pobres y débiles, entre los enfermos y los leprosos y con los que piden limosna a la vera del camino (1R. 9, 2) (*Regla y Vida*, n. 21).

Este magisterio sobre la *misericordia*, expresado con tanta contundencia en la *Regla* es una constante en los escritos de Francisco. Pero entre todos éstos, merece destacarse

la *Carta a un Ministro*, verdadera *carta magna de la misericordia dentro de toda la literatura espiritual cristiana*:

El Señor te bendiga.

Por lo que hace a tu caso de conciencia, te respondo, en cuanto me es posible, que todo lo que te impide amar al Señor Dios y cualquier estorbo que te venga, ya de parte de los hermanos, ya de otros, aunque te azotaran, todo lo debes considerar como una gracia. Y así lo has de querer y no de otra manera. Y que ello te sirva de verdadera obediencia al Señor Dios y a mí, porque estoy firmemente convencido de que ésta es verdadera obediencia.

Y ama a los que se portan así contigo. Y no pretendas de ellos nada más de lo que el Señor te concede obtener de ellos. Y ámalos tal como son: y no pretendas que sean mejores cristianos para ti. Y esto es para ti de más valor que un eremitorio.

Y quiero conocer en esto si tú amas al Señor y a mí, su servidor y tuyo, a saber, si te conduces de esta manera: que no haya en el mundo hermano alguno que haya pecado todo cuanto puede pecar y que, después de haber visto tus ojos, jamás se aparte de ti sin tu perdón, si te lo pide, y si no te pide el perdón, pregúntale si quiere el perdón. Y si después volviera a pecar mi veces en tu presencia, ámale más que a mí, para atraerlo al Señor. Y muéstrate siempre compasivo con los tales. Y haz saber a los guardianes, cuando puedas, que estás resuelto a conducirte de esa manera por tu parte.

Por lo demás, en el capítulo de Pentecostés, haremos, con la ayuda de Dios, un capítulo especial que recoja todo cuanto en los capítulos de la regla se dice de los pecados mortales, de este tenor: Si alguno de los hermanos pecare por instigación del enemigo, esté obligado por obediencia a acudir a su guardián. Y todos los hermanos que hayan tenido noticia de su pecado, no lo avergüencen ni hablen mal de él, antes bien, usen con él de gran misericordia y guarden muy secreto el pecado de su hermano, porque *no son los sanos los que tienen necesidad de médico, sino los enfermos* (Mt. 9, 12).

Asimismo, estén obligados por obediencia a enviarlo con un compañero a su custodio. Y el custodio atiéndalo con misericordia, como desearía ser atendido él si se hallara en la misma situación (cf. Mt. 7, 12).

Pero si cayese en otro pecado venial, confiésese con un hermano suyo sacerdote. Y si allí no hubiese un sacerdote, confiésese con otro hermano, hasta tanto no tenga un sacerdote que lo absuelva canónicamente, como se ha dicho.

Y éstos no tengan en manera alguna potestad para imponer otra penitencia que ésta: *Anda y no peques más* (Jn. 8, 11).

Ten este escrito contigo hasta Pentecostés, para observarlo mejor; allí te hallarás con tus hermanos. Estas y otras cosas, que se echan de menos en la Regla, procurad cumplirlas con la ayuda del Señor Dios.

Por lo demás, la *misericordia* en Francisco adquiere claramente un *carácter entrañable* que invita a contemplar el *talante materno* con que la ejerce:

Ya el Antiguo Testamento se siente inclinado alguna vez a expresar el *dogma del Dios-Amor* en la figura materna (Is. 49, 14-15 / 66,13 / Jer. 31, 20 / Os. 11, 3-8).

– ¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ésta llegase a olvidar, yo no me olvido (Is. 49, 14-15).

– Como uno a quien su madre consuela, así os consolaré yo (Is. 66, 13).

En el Nuevo Testamento, aparte de la referencia evangélica a la *entrañable misericordia de nuestro Dios*, es Pablo, quien de forma más explícita recurre a la figura de la *madre* para expresar la *ternura del amor cristiano*:

– Aunque, pudimos imponer nuestra autoridad… nos mostramos *menores* con vosotros, como una *madre* que cuida con cariño de sus hijos. De esta manera, amándoos, queríamos daros no sólo el evangelio, sino incluso nuestro ser (1Tes. 2, 7-8).

La verdad es que Francisco por quien verdaderamente se sintió querido y acogido como era en su juventud fue por su madre, quien, sin entender tan siquiera lo que su hijo hacía en determinados momentos, lo quiso en todo momento tal cual era, sin perder nunca la esperanza de que llegaría a ser algo grande en la vida. La relación con su padre, por el contrario, fue muy tirante en esa crucial etapa de su vida, que coincidió, por otra parte, con su situación de difícil discernimiento vocacional. De aquí, pues, que en su experiencia personal fuese la figura materna la que le transmitió el sentimiento de amor misericordioso. Y por ello precisamente, cuando quiere transmitir a sus seguidores el *sentimiento fundamental del amor*, lo haga recurriendo a la figura de la *madre*:

– Cada uno ame y alimente a su hermano, como una madre ama y alimenta a su hijo (1R. 9, 10-11).

– Te hablo, hijo mío –escribe a fray León– como una madre (Cta. H. L, 2).

– Quienes quieran vivir en los Eremitorios, sean tres, y a lo máximo cuatro, hermanos. Y dos de ellos sean madres… los que son madres lleven la vida de Marta… Y los hijos, después de tercia, rompan el silencio y puedan hablar con sus madres e ir a ellas. Y puedan… pedirles limosna… Los hermanos que son madres… protejan a sus hijos de la gente… Y los hijos no hablen con persona alguna, sino con sus madres… Pero los hijos han de asumir, de tiempo en tiempo, el oficio de madres (R. Eremitorios, 1-2, 4-5 y 8-10).

No puede silenciarse tampoco el hecho de que históricamente Francisco *escogiese a fray Elías en lugar de madre* (1 Cel. 98).

Concluyendo, pues, ese acento de la *misericordia* que Francisco imprimió en el *ser y hacer de los hermanos* y que les trasmitió de manera particular desde el propio *testimonio*, llegó a ser tan *paradigmático* para sus seguidores, que algunas de las primeras biografías del santo centran en la *misericordia* el apostolado de sus seguidores:

– Pues para esto hemos sido llamados los hermanos: para curar a los heridos, para vendar a los quebrados y para volver al recto camino a los extraviados (Tres Compañeros, 58) (*Regla y Vida*, n. 30).

Y de hecho, el *ejercicio de las así llamadas obras de misericordia* (inspiradas en Mt. 25, 31-46) ha sido distintivo de todo *quehacer franciscano* y, de modo especial, de los *Hermanos y Hermanas de la Tercera Orden*, quienes han encaminado su actividad apostólica a *compadecer* y *ofrecer una ayuda eficaz* a sus prójimos, ya aquejados por las *carencias del ser* (*obras de misericordia espirituales*) ya aquejados por las *carencias del tener* (*obras de misericordia corporales*).

III. Testigos de misericordia

Tras profundizar en el sentido *etimológico* y *semántico-veterotestamentario* de la misericordia, aclarados los *previos* sobre la *gratuidad* y la *necesidad de haber experimentado en uno mismo* la misericordia, y reflexionado el tema a la luz de la *Palabra en el Nuevo Testamento* y en las *Fuentes franciscanas*, sería ahora el momento de *concretar* lo reflexionado en nuestra *propia identidad como amigonianos* o, si preferís en este caso concreto, como *Testigos de misericordia*.

Y para ello, se propone la lectura reflexiva de estos textos entresacados de la propia tradición pedagógico-espiritual:

- Persuadido íntimamente de la urgente y suma necesidad de volver al recto camino, mediante la cristiana educación, a los jóvenes imbuidos de falsas doctrinas y de malos ejemplos y alejados del camino de la verdad, fundé dos Institutos de la Tercera Orden de Capuchinos, a fin de que sus miembros, llenos de celo, reformasen en el aspecto natural y sobrenatural a los jóvenes desviados del camino del bien, renovándolos en Cristo con todos los medios (OCLA, 1780).
- Vosotros, zagales del Buen Pastor, sois los que habéis de ir en pos de la oveja descarriada hasta volverla al aprisco. Y no temáis perecer en los despeñaderos y precipicios en que muchas veces os habréis de poner para salvar la oveja perdida, ni os arredren los zarzales y emboscadas (OCLA, 1831).

- Para el corazón del hombre, las misericordias son como flechas encendidas que prenden en él el fuego del amor y acaban por convertir en manso cordero al que era un lobo rapaz (OCLA, 1058).
- La corrección ha de ser prudente y hay que saber unir a la entereza de carácter la dulzura y amabilidad que cautive el corazón del joven, para que no le exaspere la corrección (OCLA, 1086).
- Por cuanto atendida la índole del corazón humano, el medio más hermoso para estimular a los niños es el despertar en ellos la emulación; nos parece muy del caso el que se procure ésta entre los niños de la casa. La experiencia les enseñará que con la emulación conseguirán más de los niños que con ningún otro medio (OCLA, 2049 y 2054).
- En todo ser humano hay un germen de sentimiento que nosotros desarrollamos… Para ello hay que tener mucha paciencia y caridad con el trato con los niños (TPAA, 5.042-5.043).
- El medio principal, y me atrevería a decir que único, es la caridad en todas sus manifestaciones: benignidad, paciencia…, etc. (TPAA, 3.074).
- El verdadero amor se muestra en lo incansable de la *solicitud* por auxiliar y amparar; en la *fidelidad* en el guiar y ayudar; en la *paciencia* en aguardar hasta el tiempo oportuno; en la *comprensión* con los que yerran; en la *caridad* que todo lo *espera* y todo lo *perdona* y que permanece *fiel* incluso al que desdeña (la ayuda) y al que parece ya (un caso) perdido (OCLA, 11.123).
- "Más moscas se cazan con miel, que con hiel" o "más moscas se cazan con una gota de miel, que con un barril de vinagre (TPAA, 5.048 y 5.052).
- Entre las cualidades del buen educador está, sobre todo, la de amar a los alumnos. Porque, si no se les ama, se bastardea el fin de la educación… Quien no sienta latir en su corazón el *amor*, la *compasión* hacia los *pobres muchachos caídos*… no tiene vocación para dedicar su existencia a la reforma de la juventud (TPAA, 12.031 y 12.464).
- El amor será siempre condición indispensable, no sólo para educar y moldear los corazones, sino incluso para instruir y grabar en las inteligencias las obligaciones fundamentales que hacen a los hombres útiles para sí mismos y para los demás. Por esto –sin descuidar las enseñanzas de la ciencia– seguimos procurando inspirar nuestros trabajos en el amor (TPAA, 10.015-10.016).
- El mejor medio para ayudar a los alumnos en su recuperación es *aconsejar*, *sufrir*, *vigilar* y *llorar* con ellos y *reír* con sus alegrías (TPAA, 3.008).

- Los religiosos responden a los alumnos cariñosamente y sin reservas y establecen con ellos, esa mutua relación de estima y afecto que suaviza y hace llevaderas las prescripciones del reglamento (TPAA, 6.251).
- ¿Cuál es el lema de nuestro sistema? El amor que vigila. La vigilancia es como una protección…, mejor aún como un latido maternal siempre solícito por sus hijos (TPAA, 12.154 y 12.123).
- Este alumno es el que más me ha hecho practicar la humildad… Yo, cosa que no he hecho con nadie, le concedí el azul y los estudios (aunque no se lo merecía). Por ser más "difícil" tengo que quererlo más: esto es lo que dicta la caridad; pero conste que fue fruto de un grande esfuerzo moral mío (TPAA, 8.043).
- Apliquemos el reglamento, teniendo más caridad y benevolencia con los caídos, los menos simpáticos y pobrecitos… (TPAA, 5.044).

EPLA, 15 de noviembre de 2013

Juan Antonio Vives Aguilella